

# EL YACENTE DE MANTEGNA

AMÍLCAR OSORIO

## SECUENCIAS DE TEMPERA SOBRE EL CADÁVER INCLINADO HACIA ADELANTE

**E**l día en el que los muchachos mataron a Rafael ella se inclinó hacia mí al atardecer, y aplicando su voz a mi mejilla separó los labios pronunciando un sonido como el que hace una sola gota de agua al caer en la penumbra sobre la superficie de un lavamanos medio lleno. La rutina de su boca, un beso liviano y untado con el pintalabios que usualmente me huele a esencia de plátano y me sabe a algún remedio podrido en los archivos de la infancia, por ahí del año cuarto o quinto; una caricia casi formal, como motivada por un encuentro, su saludo, o el reconocimiento súbito de una necesidad también olvidada. El South Ferry Boat nos mostró el rasgo del Verazzano entre la bruma, el *momentum* de sus curvas de acero.

El bote golpeó los troncos que marcan el límite sur de Manhattan y que protegen las quillas contra el ferroconcreto del edificio de arriba, la superficie del café que Mauresca no había querido terminar se desniveló. Un vaso de cartón no ha sido planeado como instrumento determinante de arribo para botes u otros aparatos marinos, sin embargo ese pocillo barato nos avisó con precisión que el momento de levantarnos de la banca de madera y dirigirnos al puente de descenso había llegado.

“Está horrible, había dicho, entonces, pronunciando las erres como en alemán y en su castellano desdichado, cuando rechazara el café”.

Casi oscurecía. Trinity Church estaba en alguna parte. Las fotografías eran irrisorias, ella estaba desencantada. Aunque no fuera tan vanidosa como su profesión lo requería, sí práctica como buena mujer solitaria que era y enseñada a valerse por ella misma. Su disgusto no me interesaba, sólo me impedía decirle algo por temor a irritarla.

Cuando descendimos a la estación del sotovía, para esperar el expreso, se quedó mirándome y sonriendo como si yo no comprendiera que estaba ofuscada. El ruido de la máquina interrumpió su fácil jocosidad. Nos sentamos cogidos mecánicamente de las manos como si nos asiéramos a las barras cromadas del vagón, para guardar el equilibrio. Pensé consolarla acerca de las fotografías, diciendo, tal vez, “no están tan malas, alguien las puede utilizar, un impresor ignorante, un publicista mediocre”, me pareció que sería solo un pretexto para decir algo. Preferí quedarme callado y mirar por la ventanilla opuesta a las rejas de las estaciones, los bombillos en los muros oscuros de los túneles, CHAMBER ST., los pasajeros en los andenes esperando al tren local, FDURTINTH ST., los carteles rojos, VOTE, los carteles sobre los carteles, PENSYL SCHLITZ, los sombreros filados, COLUMBUS CIRCLE, SVENTY SECOND.

Su mano saltó entre la mía como las manos que uno ve saltar sobre una sábana cuando mira a alguien que duerme. Había en la estación olor a cerveza rancia, orín, un muchacho llevaba una rama verde en la mano.

Salimos a la calle. Había acabado de oscurecer, el viento sacudió su abrigo de gamuza marrón y con el olor del cuero me aplicó a la respiración su olor a Cleche y carne inerte, el viento del Oeste de la isla. Las encendidas lámparas de Sherman Square más bien parecían faros que elementos pertinentes al alumbrado público, entre la bruma, contra un horizonte verde y pardo que habían formado varios edificios sin estilo, un hotel, tal vez un banco, una pila de apartamentos.

El tope de ellos parecía una reflexión en el estanque empantanado del firmamento del West Side. En el fondo de esa agua sucia, estaría flotando el cadáver de Rafael a quien los muchachos habían matado ese día por la mañana.

## LOS GRANDES PIES DEL PANÓPTICO

Todavía no le habían puesto la esuela en el dedo grande del pie cuando entramos al apartamento. Al aperebirnos de que dormía, nos entramos en puntillas a la cocina. Después de quitarse el abrigo preparó café con cuidado de no hacer ruido, en tanto, me distraje leyendo repetidamente el anuncio volante de un concierto de cámara. El café, en efecto, estaba mejor que el del ferry. Fue a colgar el abrigo en el ropero del dormitorio en donde suponíamos que Rafael dormía, oí sus pies descalzos sobre la madera y de regreso a la cocina. Se sentó frente a mí y cuando levantó el pocillo tenía una mancha roja en el labio y en el mentón.

“¿Qué te pasa, tiene otra vez gengivitis?”

“No, no, ¿por qué?”, contestó como si la inculpara de algo.

Se llevó la mano a esa parte de la cara y al ver la sangre en la punta de sus dedos imprecisos se levantó y corriendo se fue al dormitorio para gritarme desde allá:

“Yo creía que era sudor”.

Me llamó. La sábana con la que estaba envuelto había absorbido toda su sangre, un vampiro plano y blanco. La noche era de otoño, la cara de Mauresca se cambió del color oscuro a una carne blanquecina, caliza, el bastón con empuñadora de hueso que había recostado a la pared también alcanzó algo de la sangre, el bastón dejado por los muchachos que mataron a Rafael ese día en la mañana, una toalla trenzada, al pie de la cama. La aguja del tocadiscos daba vueltas en las últimas estrías como tratándonos de convencer con la repetición del sonido. Muchas veces él se quedaría dormido y dejaría el tocadiscos funcionando. Yo debería también haberme sentido culpable pero no tengo responsabilidad. Diciéndole que llamaríamos a la policía, me la llevé al salón y la deposité en uno de los sofás, no podía gritar, estaba atascada por la culpa.

“No toques nada, le dije mientras empecé a circular los dígitos de la estación de policía.

Lo habían envuelto en la sábana y lo habían golpeado con el bastón hasta matarlo. Pero, la toalla trenzada. Luego lo habían estrangulado. Lo habían estrangulado con la toalla trenzada y luego lo habían golpeado con el bastón, envuelto en la sábana. Porque ¿por qué lo irían a envolver en la sábana después de haberlo estrangulado con la toalla trenzada y golpeado con el bastón? Y en fin, ¿por qué lo habían estrangulado con la toalla trenzada y lo habían golpeado con el bastón hasta matarlo o por qué y quienes? Los policías corriendo escaleras arriba me interrumpieron las conjeturas. Entraron y empezaron a medir, trazar y conjeturar.

## **FORMOL PARA LOS TEJIDOS DEL CADÁVER QUE AUNQUE YACENTE DECÚBITO DORSAL SE INCLINA HACIA ADELANTE. HACIA EL FUTURO**

Sus manos estaban tratando de encender un fósforo la primera vez que la vi. Sus torpes dedos de yemas insensibles según descubrí en sus caricias; sólo se habrían ejercitado en el teclado de un mecanógrafo o desganadamente en el de un piano. Siempre me importan las manos porque con ellas, con su contacto, la geometría del placer óptico se transforma en una mecánica de la piel. En alguna parte de este encuentro estaba Trinity Church y su camposanto. Parecía, sentada allí, tratando de encender el cerillo, la imagen tangible del aislamiento, enmascarada en el tedio que trae el bienestar cuando se toma el síntoma por el fenómeno. De su figura emanaba el ensimismamiento del tacto, la carencia de la otra piel, la pobreza de la sensibilidad.

El humo de su cigarrillo se convirtió en una urdimbre de cobre al colocarse en el prisma de luz que el sol del fin de verano metía por la ventana, el olor de la yerba quemada se abrazó con el de incienso de Madras, se diluyó en él para demostrarle a ella su ausencia, su distancia. Hacia el Central Park el



● .....  
Siempre me importan las manos  
porque con ellas, con su contacto,  
la geometría del placer óptico se  
transforma en una mecánica de la piel.  
..... ●

viento sacudió algunas frondas que empezaban a decaer bajo las maquinaciones de la estación contra la verdura. Ese mismo vientecillo dispersó el humo sacándolo de la luz y llevándolo por la ventana al patio. Rafael aplicó otro poco de acrílico a la espátula.

“Estoy cansada.

“Bueno, no pose más, perezosa. ¿Tomamos café?

El cuerpo de ella, con la marca del bikini del verano que ya se acababa y que se había gastado en el asiento trasero de una motocicleta, se perdió por un momento en el otro cuarto para volver cubierto con una bata árabe a rayas marrón y de tela cruda, se metió en la cocina. Le bajé un poco el volumen al disco de Almeida cuando Rafael se acurrucó y recostándose al muro chupó el cigarrillo para recordarme a un indígena en el atrio del templo.

“No, no lo bajas. Hay que oír la música bien alto para que penetre. Eres terriblemente insensible, me di cuenta el día que te pusieron la inyección.

Cuando ella trajo el café tenía una preocupación entre las dos cejas, algo como una mariposa desteñida que aleteara y muriera. Desconectó el tocadiscos.

“¿Por qué lo apaga?

“Estoy cansada de oír el mismo disco.

“¿Por qué no se va ya?

La sugestión me pareció insoportable. Yo quería más, verla mejor, entender un poco su voz y lo que allí pasaba.

Verla desnuda no me había enseñado nada acerca de ella; su cuerpo, para una mujer, era algo de lo cual no se podía pedir más, pero ello es anodino. La desnudez física cuenta muy poco. Yo quería, ya mismo, la historia de su vida contada por ella. Esculcar en esa profundidad inútil que poseen las mujeres, sacar todo lo que contienen sus carteras. El hombre que tenga acceso al olor, tacto y contenido de la cartera de una mujer ha tenido acceso a toda su vida. Un bolso lleno de cosas ineficaces y con un olor personal que lo hace inolvidable, uso y gasto del cuero.

“No me tengo que ir hasta las cinco.

Sus frases sonaban como meros retazos de la escena, como jirones de un tiempo sin cercanía. Con esta última información la tarde se me fue velozmente, antes de que me percatara ya se había arreglado para salir. Unas botas de cuero marrón, las únicas, un abrigo de gamuza de igual color, el único, su cabello

sin cosméticos, lavado y cadente y su cara interrumpida por unos anteojos de monte negro. Detrás de ellos quedaban sus ojos fugitivos y ensimismados, dos almendras muertas y sumergidas en almíbar. Rafael enrolló otro cigarrillo y aumentó el volumen al tocadiscos. Era como si la yerba lo ensordeciera. Mi café frío y el ruido de sus botas bajando la escalera hacia la 72W.

Iría hasta la esquina, cruzaría hacia la estación del sotovía mirando con disgusto hacia Sherman Square, con desespero. Un chulo negro le diría “babe”, con voz acosada y chocarrera. Ella apresuraría el paso, empujaría sus puños entre los bolsillos del abrigo, ajustaría los brazos presionándose los senos hacia el esternón, agacharía la cabeza y depositaría la moneda en la ranura del torno de acceso.

### **BAJO LAS SECUENCIAS DE TEMPERA EL CADÁVER REPOSA LA CABEZA SOBRE LA ALMOHADA PRESIONANDO EL PASADO**

La segunda vez la encontré en un ascensor oscuro. La corriente se había interrumpido y ella venía de hacer el amor con Alejandro en el piso del hotel. Fue un hallazgo casual pero revelador, hacía el amor con cualquiera por desgano, por no tener nada que hacer, por desaburrirse.

Cuando el ascensor volvió a funcionar nos fuimos al apartamento de Alejandro y después de tomarnos un trago nos acostamos los tres. Por la ventana entraban los gritos de los muchachos jugando baloncesto en el terreno baldío de la parte de atrás. Habían decidido hacerlo para convertirme en cómplice de su desinterés. El acto fue remordido e inseguro, lleno de condiciones mentales e inhibiciones equivocadas.

Para disculparnos nos fuimos al cine. Cogidos los tres de la mano como una trinidad mediocre y sin liturgia. Aunque Alejandro estaba emocionado, yo disgustado y ella deprimida, nos fuimos a comer juntos a un restaurante cubano. Ambos la acompañamos a casa, Rafael no había vuelto. Volvimos a hacerlo como para ver si la segunda vez había mejor tino, el mismo efecto, ella fallaba por su descuido e inseguridad. Comprendiendo finalmente la inutilidad del juego encendimos tres cigarrillos de marihuana y pusimos la orquesta de Lloyd a todo volumen para seguir los consejos de Rafael y despreocuparnos de las emociones atadas.

Entonces hubo una fiesta. Inopinadamente fueron llegando uno y otro, cayendo en el recinto como las mismas hojas de los árboles que se estaban cayendo en el parque. Benjamín trajo más marihuana, Emilio dos botellas de whisky, Rafael pollos, Blanca vodka, Tino flores y benzedrina y cada cual una conversación diferente y agitada. Detrás del baile nosotros tres ocultamos toda la historia de la tarde. Allan trajo más marihuana, Dylan un sarape y metedrina, Rafael bajó por cerveza al mercado de en frente, y jerez de California.

Blanca y Mauresca bailaron. Benjamín y Tino se dieron golpes. Vino Terry con unos discos y un afiche de Ho Chi Minh, The Big Brother and The Holding Company. Dylan se tiró por la ventana al patio interior cuando

trataba de vomitar. Los pies se pararon sobre los trozos caídos de papitas fritas. Dylan escaló los ladrillos de regreso y trajo una raspadura y un dedo luxado, Rafael ungió con Deep Heating y se fue a besarlo en su dormitorio. Emilio se vomitó sobre el sarape de Dylan. Mauresca, a quien llamábamos así por su color norafricano, lo lavó y cuando a las seis de la mañana el sol malva de otoño se empezó a vomitar en los patios traseros y a anegarlos de la luz, unos se fueron y otros se quedaron dormidos y desparramados por el apartamento.

Y así más o menos era como se desarrollaba la vida en el apartamento que era de Rafael y en donde él desde hacía dos años vivía con Mauresca. Tino decía que ella vivía con él no porque realmente estuviera enamorada sino porque se sentía protegida, porque no estando él interesado en ella ni en su amor así podría ella llevar su vida más libremente, más desganada y a la vez seguramente. Pero a mí me parecía que era un modo de consolar el fracaso que Tino había tenido con ella y el que era incapaz de confesarme por temor a mi lástima o a mi apreciación.

Después de la dicha fiesta vinieron, entonces, días como ese en el que ella me fue a buscar temprano a mi apartamento de 5th.St. y a preguntarme si la quería acompañar a Staten Island a recoger unas fotografías que le habían hecho para su portafolio de modelo sin mucho éxito pero con el suficiente para ganarse la vida.

Me levanté y me bañé en la bañera que tenía en la sala de recibo, ella me echó agua con la duchita de plástico, frió unos huevos, sirvió el café en la mesita que yo había comprado en la tienda de deshechos en la Second Av.; nos acostamos y cuando pensamos que era prudente irnos ya a recoger las fotografías a Staten Island, después de vestirnos, bajamos las escaleras cogidos de la mano, el día en el que los muchachos, al parecer, mataron a Rafael con el bastón de empuñadura de hueso que había recostado a la pared blanca cuando regresamos y yo entré al dormitorio después de que ella me hubo llamado. ■

*Palm Springs, 1969*